

—Afortunadamente la boda no puede verificarse por el rapto de Julia.

—Es verdad; pero quién sabe qué será de ella.

—Me ocurre una idea.

—Decid.

—¿Recordais á Doña Ana?

—Sí.

—Esa mujer, no sé por qué razón, se ha declarado enemiga vuestra, y como es capaz de todo, me temo que esté mezclada en esta intriga.

—¿Creeis?

—¡Oh! sí lo creo; ¿quereis que vayamos á su casa?

—Si vos lo juzgais conveniente.....

—Es la única parte en que me espero tener alguna noticia.

—Pues vamos.

Embozáronse los dos y se encaminaron á la casa de Doña Ana.

Era ya día claro cuando llegaron á ella; D. Diego llamó, y pocos momentos despues se abrió la puerta.

Los dos amigos penetraron á la casa sin ceremonia.

—¿Buscan sus señorías á mi ama?—preguntó la esclava que habia salido á abrir.

—Sí—contestó D. Diego.

—Pues mi ama no está en casa.

—¿Cómo! ¿no está?

—No señores; ha salido antes de amanecer.

—¿Iria quizá á misa?

—No, señor, porque tomó por el centro de la ciudad.

Don Enrique y D. Diego se miraron, y en aquella mirada se pintaba el desaliento.

## XVI.

## El rastro perdido.

EL Indiano y Don Enrique se dirigieron á la casa que les habia indicado el Jején, en busca de Julia; pero cuando llegaron á ella, Julia y Paulita habian partido, y la mujer que cuidaba de la casa no pudo darles noticia del rumbo que habian tomado.

La mañana avanzaba rápidamente, y comenzaron á dibujarse sobre un cielo pálido las cúpulas y los campanarios de las iglesias; comenzaban á escucharse las campanas que llamaban á la primera misa, y algunas personas andaban ya en la calle.

—¿Qué haremos? preguntó Don Enrique al Indiano.

—Verdaderamente no sé qué debemos hacer; es ya de día, y no sé adonde puedan haberse llevado á Julia.

—Al Jején es casi imposible encontrarle.

—Y es seguro que Paulita no volverá á su casa; entretanto, el tiempo vuela.

—¿Quiere decir que estamos perdidos? preguntó D. Enrique.

—Aún no—contestó D. Diego despues de reflexionar un poco;—hagamos el último esfuerzo: vamos á la casa de D. Justo; Doña Ana estaba en proyectos de alianza con ese hombre, y quizá el rapto haya sido una cosa dispuesta para atraerle.....

—Pero ¿con qué motivo?

—No lo alcanzo; pero los proyectos de las gentes malas son tan difíciles de comprender, que aun despues de descubiertos, no se sabe el motivo que los impulsó á obrar.

—Pues vamos á la casa de Don Justo.

Y los dos, animados por una nueva esperanza, emprendieron el camino de la casa de Don Justo.

Llegaron allá, y la casa presentaba un triste aspecto de soledad; no se escuchaba en ella ruido de ninguna clase; ni lacayos, ni esclavos, ni palafreneros, nadie aparecia por el ancho y desierto patio; solo un portero de birrete tomaba sol sentado en un taburete.

—¿El señor Don Justo?—preguntó Don Enrique.

El viejo alzó el rostro como admirado de semejante pregunta.

—Supongo que sus señorías no son amigos de mi amo.

—¿Por qué?

—Porque ignoran que hoy es el dia en que mi amo se casa, y que quizá en este momento se estará verificando la ceremonia: yo no pude asistir por estas reumas que hace diez años, desde el tiempo del señor virey, que en paz descansa.....

—Bien; ¿pero Don Justo se fué á su boda?

—Bonito mi amo para no haber ido! que es puntual su

merced como un reloj; yo le conozco mucho; hace como treinta años que le sirvo; aun no se casaba la niña Gualupita con el señor conde, que en paz descansa, y que la verdad yo apenas conocí al señor conde, porque su excelencia no venia acá, y yo por estas reumas.....

—¿Decís que se estará ya celebrando la ceremonia?

—Con el favor de Dios sí, porque mi amo temprano se levantó, como que estaba su merced con el alboroto, que dicen que la muchacha es mas bonita que un doblon de á ocho y mas limpia que tacita de China.

—¿Pero la novia estaba ya dispuesta?

—Por supuesto, que temprano mandó mi amo preguntar á la casa de la novia que si ya podia ir; por señas de que fué Colás, un mulatico como una pólvora, que lo quiere mucho mi amo, porque van á ver sus señorías lo que le pasó.

—¿Y qué le contestaron?

—¿A quién?

—A Don Justo de la casa de la novia.

—Allá vamos, que no soy arcabuz; con tiento y no mueran de ansia sus mercedes, que poco á poco se anda lejos: vamos á qué fué el mulatico Colás con recado del amo á preguntar á la casa de la novia si ya estaba dispuesta, para que mi amo se fuera para ser dichoso; y el Colás es como la jonda de Pilatos, como que yo lo eduqué y lo crié, como si dijeran sus señorías mis mismos pechos.

Don Enrique y Don Diego morian de impaciencia por saber qué habian contestado de la casa de Julia; pero comprendieron que interrumpir al viejo era prolongar mas su charla y le dejaron hablar.

—El amo llamó á Colás, que hoy tiene una librea que parece un veinticuatro de Sevilla, y le dijo: «Colás, te po-

nes en un vuelo en la casa de mi señora Doña Magdalena, que así se llama la madre de la novia, y me dicen que es de allá de donde fué la guerra del turco; ¿cómo se llama?

—Lepanto—contestó el Indiano furioso.

—Sea por Dios, que de por allá será: y le dijo el amo á Colás: pregúntale á esa señora si ya podré ir á la casa y si ya está todo dispuesto.....

—¿Y qué vino á decir Colás?—preguntó Don Enrique.

—Pues el muchacho, que es listo, ¡saz! corre que te corre, y en un decir Jesus ya estaba de vuelta; casualmente el amo estaba aquí delante, por mas señas que tiene una ropilla color de violeta, y Colás le dijo: «Que dice la señora Magdalena que cómo está usía, que besa á usía sus manos, que es usía su amo y señor, que por allá está ya todo dispuesto, y nada mas á usía se espera para el matrimonio, y que..... pero calle, ¡qué demonio de hombres! ¿pues no se van, dejándome como quien dice, la palabra en la boca?.....

En efecto, Don Enrique y el Indiano no hicieron mas que oír la contestacion que habian dado en la casa de Julia, cuando mirándose entre sí, dieron la vuelta y salieron de la casa de Don Justo.

—Este es un misterio que no alcanzo á comprender—dijo Don Enrique.

—Yo menos—contestó el Indiano:—si Julia no estaba anoche en la casa de su familia, ¿cómo es que hoy en la mañana ya está dispuesta para la ceremonia?

—Quizá no sea ella la que se salió de su casa.

—Puede haber en esto un error; y lo peor es que quizá en este momento se esté celebrando el matrimonio y lleguemos demasiado tarde.

—Apretemos el paso.

Y los dos comenzaron á caminar con la mayor rapidez hasta llegar á la casa de Julia.

Allí creian encontrar gran movimiento, carrozas, pajes, lacayos, pero no habia nada de esto; la casa estaba cerrada, solo en un poztigo abierto del zaguan se veia á una mujer que mostraba ser una criada.

—Señora—la preguntó Don Diego—¿ya ha pasado la ceremonia?

—No sé, señor—contestó la criada.

—¿No sabeis? ¿pero no sois de la casa?

—Sí, señor; pero el matrimonio, si de eso me quereis hablar, no es ahora aquí en la casa.

—¿Pues en dónde?

—En casa de la señora condesa viuda de Torre-Leal, que es la madrina.

—¿Y ya se han ido para allá?

—Sí, señores; el novio iba en el coche con la señorita Julia y la señora grande y el amo.

—¿Y qué tiempo hace que se han ido?

—Media hora; puede que si usías se van para allá alcancen aunque sea la velacion, porque el casamiento ya ha de haber pasado.

—Volemos, aun puede ser tiempo—dijo el Indiano.

Y dando el ejemplo, echó á andar con mucha velocidad.

Don Enrique le seguia cabizbajo. En aquel momento, cuando su intencion era la de dirigirse á la casa de su padre, donde él habia nacido, donde habia pasado los primeros años de su vida, donde habia llegado á la juventud, entonces sintió que todos sus recuerdos llegaban como en tropel, y pensó en su padre anciano, que habia muerto sin el consuelo de ver á su hijo, pensó en las desgracias que

habian caido sobre su cabeza, y como era natural, pensó tambien en el Indiano, que era culpable de casi todos aquellos acontecimientos.

Y sin embargo, el generoso comportamiento de Don Diego vino como un rocío benéfico á tranquilizar el corazon de Don Enrique.....

Y adelantándose un poco, llegó hasta el Indiano y enlazó su brazo.

## XVII.

## Hija y madre.

Doña Ana conoció que estaba perdida; el Indiano habia descubierto, sin saber ella cómo, la carta anónima que habia escrito al marqués de Mancera denunciando á Don Enrique como pirata: además de esto, Doña Marina estaba ya en México; Doña Ana, pues, habia perdido la esperanza de ser la esposa ó la dama de Don Diego.

Entonces pensó en vengarse, en perder á Don Enrique y á Don Diego, á toda costa, á todo riesgo.

En aquel corazon voluble é impresionable, los afectos y las pasiones cambiaban á cada momento, pero siempre vehementes, siempre intensos, como en esas playas de arena movediza, cada ola que viene deja al retirarse una nueva forma en aquella arena, que parece ser duradera, y que sin embargo, al llegar una nueva ola, cambia enteramente.

Doña Ana meditó toda la noche, y antes de que amaneciera el siguiente dia, se atavió ricamente, se envolvió en

un grueso manto, se cubrió el rostro con un tupido velo, y salió á la calle en busca de Don Justo.

Cuando llegó á la casa de éste, á pesar de que apenas lucia la mañana, todos estaban ya en pié, y se observaba una grande animacion.

Doña Ana atravesó en medio de la servidumbre sin detenerse, procurando tomar el aire de una persona de gran confianza en la casa, para que nadie la interrogase.

Subió la escalera, y llegando al corredor se encontró casualmente con Don Justo, que salia de uno de los aposentos.

Doña Ana le dirigió inmediatamente la palabra.

—Caballero—le dijo—quisiera hablar con vos un momento.

Don Justo vaciló para contestar, y quizá se hubiera negado á escucharla; pero alcanzó á ver la rica basquiña de Doña Ana, y descubrió una mano fina y bella y un pié pequeño y cubierto con un calzado de seda bordado de oro, y entonces le pareció que aquella solicitud era de escucharse.

Si las mujeres conocieran sus intereses y comprendieran que la hermosura adivinada vale mas que la conocida, y que el misterio vuelve bellas hasta á las que no lo son, sin duda que la primera de sus modas seria la del antifaz, y no se hubieran acabado aquellas encantadoras aventuras de las *tapadas* de los dichosos y romancescos tiempos de Felipe II.

Pero ahora, una mujer vista á toda luz, de un golpe, en medio de una calle, puede gustarnos, pero no nos interesa, porque el corazon, por mas que prediquen los apóstoles del materialismo, busca siempre lo misterioso y lo novelesco.

Quizá debajo de un velo se oculte el rostro de una fea, y ella tenga el sentimiento de ver huir al galan que la ha per-

seguido, tan luego como la conozca; pero en cambio, ni ese tiempo hubiera gozado de sus homenajes si él la hubiera visto desde el primer momento como se ven hoy á todas las mujeres.

Don Justo, que era hombre, sintió todo esto, y hubiera jurado que la mujer que tenia delante de sí, era una dama bella y principal.

—Señora—contestó—si el negocio de que quereis hablarme es importante, y mas que todo corto, tendré mucho placer en oiros.

—Ya juzgareis—contestó Doña Ana.

—Entonces hacedme la gracia de pasar.

Don Justo guió á Doña Ana á una de las estancias de la casa, que estaba soberbiamente puesta.

Doña Ana se sentó en un sitial y dijo á Don Justo:

—¿Estamos enteramente solos?

—Sí, señora.

—¿Teneis la bondad de cerrar?

Don Justo cerró la puerta, pensando adónde irian á parar tantas precauciones.

—Don Justo, ¿me conoceis?—dijo Doña Ana levantándose el velo.

Don Justo retrocedió, exclamando:

—¡Doña Ana!

—Veo que no os olvidais de vuestros amigos.

—¡Oh! imposible!—contestó Don Justo, á quien Doña Ana le pareció mas hermosa que nunca, y que á pesar de estar tan cerca del matrimonio, no le disgustó aquel encuentro:—¡imposible, Doña Ana! estais mas bella! pero quien os ha visto una sola vez, no puede olvidaros nunca.

—Dejad de galanterías, que vais á casaros, y escuchadme.

—Hablad.

—Ayer estuve aquí y no conseguí veros.

—¡Qué lo siento!

—Os buscaba para deciros que está en México Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

Don Justo dió un salto en su asiento como si le hubiera caído del techo un escorpion.

—Don Enrique?—exclamó—estais soñando? si ha muerto.

—Os engañais; Don Enrique vive, está aquí y yo le he visto.

—¿Le habeis visto?

—Sí.

—¿Es decir que vino con vos?

—No, no es decir eso; es decir que os cuideis, porque Don Enrique está aquí y reclamará el título y la herencia de su padre.

—Entonces soy perdido—dijo con profundo desaliento Don Justo.

—Tal vez no.

—¿Qué decís?

—Digo que quizá habrá un medio para impedir esa pérdida que vos creéis tan segura.

—¿Pues qué haceis que no me dais ese medio?

—Necesito que hagamos antes un contrato; todo tiene en este mundo su precio y sus condiciones.

—Decidme las vuestras: ¿qué quereis? oro? yo os daré.....

—No vengo á venderos mi secreto.....

—¿En tal caso?

—Yo quiero vengarme de Don Enrique y de Don Diego de Alvarez.

—¿Y de qué manera?

—Eso os toca pensarlo á vos y ayudarme en mis proyectos; no exijo mas.

—Pero no me ocurre de pronto.

—Meditadlo; un medio seguro, aunque sea tardío.

—Os lo prometo.

—Jurádmelo.

—Por Dios, por su Madre Santísima y por todos los santos del cielo, ¡os lo juro!—dijo con solemnidad Don Justo, haciendo con la mano derecha la señal de la cruz y llevándosela á sus labios.

—Bien; ahora oid el medio que tengo para libertaros de Don Enrique, y que puede tambien servir para mi venganza.

—Os escucho.

—Conozco un terrible secreto de la vida de Don Enrique, que puede servir no solo para impedirle reclamar la herencia de su padre, sino hasta para llevarle al patíbulo.

—¿Y qué secreto es ese?

—¿Sabeis lo que ha sido Don Enrique en el tiempo que ha faltado de la Nueva España?

—No.

—Pirata.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Don Justo con espanto.

—Sí, pirata, pirata; yo le ví en el asalto y saco de Portobelo: él acompañaba al feroz Morgan; él era el jefe de confianza entre aquellos excomulgados; él ha enriquecido con el botín de las ciudades y pueblos de S. M.; él ha manchado el honor de cien familias nobles; él ha incendiado los templos y las casas: ¿creeis que un hombre así pueda ser conde de Torre-Leal? ¿y creeis que os salvo revelándoos este secreto?

—Sí, sí; ¿y sereis capaz de declarar esto ante la justicia?

—Y ante el rey mismo si es necesario.

—Entonces yo os enviaré á buscar cuando llegue el caso.....

—No, es preciso que desde hoy me tomeis bajo vuestra proteccion, ó no diré nada, porque me harán matar: Don Enrique conoce mi casa, sabe que poseo ese secreto, comprende que estoy aislada en el mundo, y antes de que pueda yo declarar contra él, me hará morir, estoy segura de ello.

—Quizá teneis razon.

—Yo soy el único obstáculo que encuentra en su camino, y me hará desaparecer.

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Hoy debe celebrarse mi matrimonio en la casa de mi hermana Guadalupe, la condesa viuda de Torre-Leal, que debe ser la madrina; allí pasaremos el dia y hasta la noche no volveremos á esta casa: os llevaré á la de mi hermana, y despues vendreis á vivir aquí; ¿os parece bien?

—Sí.

—¿Mi hermana os conoce?

—No creo que me conozca.

—Entonces es mejor; venid.

—¿Qué quereis que haga yo?—preguntó Doña Ana.

—Os dejaré en la casa de la condesa, allí esperareis, y tan pronto como se presente ese hombre, le echareis en cara su conducta, le acusareis de que fué vuestro raptor.

—Pero eso no es cierto.

—Es verdad; ¿pero hay quien pueda decir lo contrario?

—No.

—Entonces estais segura de que por mas que procure desmentiros, no lo alcanzará á lograr.

—Comprendo.

—Pues seguidme, que el tiempo vuela.

Don Justo ofreció la mano á Doña Ana y la llevó hasta el estribo de una carroza, que tirada por dos soberbias mulas les esperaba al pié de la escalera.

Don Justo y Doña Ana montaron, la carroza partió ligeramente, y atravesando al trote de las mulas varias calles de la ciudad, llegó á detenerse delante de la espléndida morada de los condes de Torre-Leal.

En aquella casa habia tambien grande animacion; se conocia desde luego que todos se preparaban para una fiesta.

Don Justo atravesó en medio de la servidumbre que llenaba los patios, llevando á Doña Ana, que iba cubierta cuidadosamente con su velo.

Los lacayos y los palafreneros saludaban humildemente, figurándose en su interior que aquella tal vez seria la novia.

La pareja subió las escaleras y entró á uno de los aposentos que estaba solo.

—Juliana—dijo Don Justo á una esclava—dí á la señora condesa que necesito hablarla; ¿está sola?

—No, señor, está con una señora.

—Bien; llámala.

Un momento despues se abrió una puerta, y se presentó la condesa viuda de Torre-Leal.

Era una mujer de media edad, extraordinariamente pálida, pero que revelaba dulzura y bondad en todas sus facciones y en todas sus palabras.

Vestia un rico traje de terciopelo negro, adornado de encajes negros tambien, y su tocado estaba formado de cintas de terciopelo y de encajes negros, sujetos entre sí por una magnífica joya de brillantes.

Llevaba unos largos pendientes, un ancho collar y un peto de brillantes.

—Buenos dias, Guadalupe, madrina—dijo con una sonrisa de orgullo Don Justo;—¿cómo has amanecido?

—Algo mejor—contestó la condesa inclinando ligeramente la cabeza á Doña Ana, que tambien se habia puesto de pié.

—Guadalupe, vengo á suplicarte que des hospitalidad por el dia de hoy siquiera á esta dama.

—Con mucho gusto—contestó la condesa.

—Es una persona á quien tú y yo debemos un especial favor, del que te hablaré.

—¿Un especial favor?

—Sí, ya lo sabrás. Descubríos, señora—dijo Don Justo dirigiéndose á Doña Ana;—estareis mejor.

Doña Ana se descubrió, haciendo una caravana á la condesa, que contestó con dulzura, diciéndole:

—Señora, tengo mucho gusto en poderos ofrecer mi casa y cuanto valgo, bastándome saber que mi hermano os recomienda.

—Gracias, señora condesa—contestó Doña Ana.

—Quisiera—agregó Don Justo—que la hicieras entrar, porque tengo que hablarle; ¿hay inconveniente en que pase á las otras piezas?

—Ninguno, tanto mas cuanto que servirá para acompañar á una amiga mia que está ahí esperando la hora de la ceremonia.

—Perfectamente.

—Juliana—dijo la condesa á la esclava que esperaba en la puerta.

—Mi ama—contestó la esclava.

—Lleva á esta dama á la sala; y vos, señora, consideraos desde este momento como en vuestra casa.

—Señora condesa, por vuestra mucha bondad.

Doña Ana se levantó y siguió á la esclava, que la condujo al través de varias habitaciones hasta la sala de la casa, que estaba preparada para recibir á las personas que debian de asistir al casamiento de Don Justo.

Doña Ana se habia quitado el velo y marchaba distraida examinando los muebles y las tapicerías de las habitaciones que iba atravesando.

Al llegar á la sala, advirtió que una mujer anciana, pero vestida con elegancia, estaba sentada en el estrado.

La jóven se dirigió á ella para saludarla, la anciana volvió el rostro, y las dos lanzaron á un mismo tiempo un grito.

—¡Ana!—exclamó la anciana.

—¡Mi madre!—gritó Doña Ana.

Y despues de un momento de vacilacion, se arrojaron llorando la una en brazos de la otra.

La esclava que habia conducido á Doña Ana se detuvo con admiracion, y luego, comprendiendo sin duda que nada tenia que hacer allí, y figurándose que era una escena preparada de antemano por la condesa, se salió, dejando entregadas á sus emociones á la madre y á la hija.

Entretanto, la condesa y Don Justo habian comenzado una conversacion muy animada.